



SUCEDIO UNA NOCHE SIN LUNA

ESTEBAN LOS SANTOS



A LOS NIÑOS DE RENTERIA

Una noche, Rentería se sintió cansada de vivir, como hasta entonces, enjaulada.

Era una noche muy oscura. Rentería se encontraba casi ahogada. Y rompió la jaula. Nadie se dio cuenta de lo ocurrido hasta muy avanzada la mañana del día siguiente.

En la oscuridad de la noche, sin que nadie pudiera advertirlo, desesperadamente, estiró sus brazos y apoyó sus manos sobre las laderas, verdes de día, que la rodeaban.

Sus dedos aplastaron la hierba. Sus dedos hicieron surcos en la tierra. Sus uñas se ensuciaron de barro. Sus manos apagaron el canto de algunos riachuelos. Callaron para siempre sus voces de tiple. Pero era de noche y ella no veía nada.



Llenó su pecho de aire nuevo. Con sus manos manchadas de tierra, en un último esfuerzo, elevó sus hombros y, jadeante, dejó descansar sus hombros en Galzaraborda y abandonó su cabeza en Beraun.

Y durmió hasta el amanecer.

En cuanto salió el sol abrió los ojos, miró a su alrededor y se llevó una gran sorpresa. Vio el mar. El mar estaba muy cerca. El mar que antes bañaba dulcemente sus pies y que, poco a poco, se había alejado de ella. El mar, que le había abandonado hacía muchos años, le invitaba a mojar los dedos en sus aguas.

Descansaban sus hombros en Galzaraborda mientras abandonaba voluptuosamente su cabeza en Beraun. El viento revolvía su cabellera.

Desde aquel día—desde aquella noche—Rentería ha sentido correr sangre nueva por sus venas. Y cada noche se le encienden muchos poros nuevos y asoman por ellos cientos de nuevos problemas, miles de nuevas ilusiones, millones de esperanzas.

Le gusta ver cómo en el hondón de su pecho palpita su corazón. Sus oídos se sienten complacidos cuando llegan hasta ella las voces de un coro que en un rincón de su pecho ensaya susurros de alma. Siente sus pulsos con más fuerza que nunca.

Y un sinfín de lágrimas apoyan sus codos en los alféizares de sus ojos cuando alguien le dice que era más bonita cuando vivía enjaulada.

